de ideas innatas y no se llena
ciones de los sentidos, o, como
ido, es una tabla rasa en que la
ncia escribe lo que le place, si-
duo es producto del medio en
ollo no le viene del interior, si-
ahí la idea del crecimiento y el
a edad de las luces en la socio-
lel medio, el cual es como la
ue da forma a la plástica arcilla.
ducía inevitablemente la teoría

ÍA Y LA EDAD DE LAS LUCES

olar la historia del nuevo evan-
, aun cuando él no haya sido
iedio del reinado del Terror, es-
r en manos de los jacobinos,
u estimulante historia del pro-
ito humano,[1] obra que pronto se
Estados Unidos y ejerció influen-
rson, el cual declaró que los
en ella estaban ejemplificados
Estado nativo de Virginia. Con-
umanitario y liberal, matemáti-
o, uno de esos espíritus revolu-
ente dedicados a la creación de
benévolo que el orden exis-
bra merece un puesto de ho-

Esquisse d'un tableau historique des pro-
éanso *Œuvres*, tom. VI (París, 1847).

nor en la historia de las ideas sociales. Como buen discípulo de Locke, principia con la psicología de la percepción por medio de los sentidos, psicología que sirve de cimiento a toda la estructura de su sistema.

«El hombre, escribe Condorcet, nace con la facultad de recibir sensaciones; de percibir y distinguir las sensaciones simples que forman las compuestas; de retenerlas, reproducirlas y combinarlas; de comparar estas combinaciones; de ver lo que les es común y lo que distingue las unas de las otras; de asignar signos fijos a todos los objetos de dichas sensaciones a fin de reproducirlas con mayor claridad y facilitar las combinaciones nuevas».

Condorcet estaba saturado del espíritu científico de su tiempo; guiábase por la ciencia, y juzgaba con notable perspicacia los datos científicos de que en ese entonces se disponía en la Europa occidental. Así pues, cuando escribió los pasajes que se citan a continuación, no los escribió como soñador especulativo, sino como sociólogo convencido de que sólo la investigación científica podía sacar a la civilización del atolladero en que la había metido la estupidez egoísta de gobernantes hostiles a la ciencia.

«Tras muchos años de errores, y después de haberse descarriado siguiendo teorías incompletas o vagas, los publicistas han reconocido al fin los ver-